

II. LINGÜÍSTICA

SZEMERÉNYI, O.—*Summing up a Life. Autobiographie und Schriftenverzeichnis*. Ed. de B. BROGYANYI. Friburgo de Brisgovia, Hochschul Verlag, 1992, 135 pp.

En esta obrita se contiene una larga y densa autobiografía del ilustre indoeuropeísta anglo-húngaro, redactada en inglés, por más que el título resulte algo despidante (pp. 7-99; la paginación que da el índice es incorrecta), más un artículo de G. Schoder, «Rehabilitiert nach 40 Jahren», publicado originariamente en el *Badischen Zeitung* de 24-11-89 (pp. 101-102), un artículo del propio Szemerényi titulado «In the service of a library» (pp. 103-113), publicado ya en el homenaje a M. Wandruszka, y finalmente la relación de publicaciones de S. más completa que se puede encontrar, en la medida en que abarca de 1937 a 1991.

Así pues, estamos ante una publicación muy heterogénea en la que la parte más extensa, la autobiografía de S., es, sin lugar a dudas, sorprendente por muchos aspectos. En ella se pasan revista no sólo a la génesis de sus publicaciones y a su *curriculum* académico, sino a todos los detalles de su paso por los sistemas académicos húngaro, inglés y alemán, ya que el autor prestó servicio en centros diversos de Hungría, tras su exilio se pudo incorporar a la Universidad de Londres y finalizó su carrera docente como catedrático en Friburgo de Brisgovia (Baden-Württemberg). Científicamente es curioso cómo S. expone con mayor detenimiento, yo diría incluso más amor, teorías aisladas, sobre todo referentes a etimologías que ha propuesto en diversos momentos de su producción, que las grandes líneas de pensamiento que le llevaron a publicar sus grandes obras, *Introducción a la lingüística comparativa o Syncope in Greek and Indo-European and the nature of IE accent*. Aprovecha el autor esta biografía para defenderse acremente de críticas adversas, como las de Lehmann (p. 50) o sobre todo las que le hicieron K. H. Schmidt y P. Friedrich a su libro *Studies in the kinship terminology of the IE languages* (v. pp. 64-68). En última instancia S. hace un balance de toda su producción científica, en términos muy elogiosos, como era de esperar por otra parte. Como el autor también entra en aspectos muy personales de su vida, el lector curioso podrá encontrar los detalles de la participación de S. en la Segunda Guerra Mundial y en los primeros años del régimen comunista de Hungría, las peripecias de su exilio en Gran Bretaña, sus enfrentamientos con las editoriales o los burócratas de Baden-Württemberg e incluso su divorcio.

De los otros artículos que componen el libro sólo el catálogo de escritos de S. tiene algún interés para un indoeuropeísta. El artículo de Gabriele Schoder no es más que una entrevista periodística y el artículo «In the service of a library» cuenta las adquisiciones que realizó S. para la biblioteca del seminario de Friburgo cuando se incorporó a dicha Universidad, de donde se infiere que su antecesor, J. Lohmann, no se había molestado mucho en tenerla al día. En última instancia este artículo sería muy adecuado para que figurara, *mutatis mutandis*, como capítulo «Fuentes» de una memoria de oposiciones españolas a una plaza de Indoeuropeo. Por cierto, de las cuatro revistas españolas que cita, dos tienen erratas importantes en sus nombres y no entiendo por qué dice que *Emerita* [sic] fue cancelada el año 1978.

JUAN ANTONIO ÁLVAREZ-PEDROSA NÚÑEZ

CRESPO, E., J. L. GARCÍA RAMÓN, H. MAQUIEIRA y J. DE LA VILLA.—*Homérica. Estudios lingüísticos*. Madrid, Universidad Autónoma, 1992, 146 pp.

El libro consta de seis trabajos sobre: etimología (el de García Ramón), morfología (los de H. Maquieira) y sintaxis (los de J. de la Villa y E. Crespo). La ordenación es alfabética, según el apellido de los autores.

Los resultados del capítulo de García Ramón, «Homérico *κόσμος*, *κεδνός* y las pretendidas raíces indoeuropeas **kes-* ‘anordnen’ y **ked-* ‘id.’» (pp. 35-52) pueden resumirse así: el sustantivo es una formación en *-μο* sobre la misma base que latín *censeo*, etc., mientras que el adjetivo está construido sobre la de *κέκασμαι*, etc.; no hay, en realidad, motivos para sostener la existencia de las raíces indoeuropeas señaladas en el título. A estas conclusiones precisas se llega a través de un examen detallado de la documentación relevante (en p. 44, 14 la forma islandesa ha de corregirse), en el que se tienen siempre en cuenta, junto a los significantes, los significados. Para la filología homérica es especialmente interesante el intento de fijar el significado de *κεδνός* mediante el examen de los otros epítetos que se aplican a los sustantivos que acompaña (pp. 47-50).

Las tres contribuciones de H. Maquieira tienen relación estrecha entre sí y se centran en el texto homérico. Las dos primeras estudian la cuestión de si hay indicios allí de la antigua oposición entre dativos en *-ωι* frente a locativos en *-οι* e instrumentales en *-ω* (pp. 53-70), por una parte, y, por otra, entre las formas paralelas de la flexión en *-ā* (pp. 71-79). Para comprobarlo, se seleccionan los pasajes que atestiguan cada una de estas funciones y se estudia el comportamiento métrico de *<-ωι>* y *<-ηι>* ante vocal, con el fin de ver si es distinto cuando el diptongo largo era originario. El resultado es afirmativo en lo que atañe a la diferencia entre dativo propio y locativo temático. El tercer trabajo (pp. 81-91) muestra que los genitivos en *-ου* indican separación con mucha más frecuencia que los en *-οιο*, mientras que ocurre lo contrario para denotar posesión. El sincretismo de casos no estaría, pues, acabado. La importancia de las cuestiones suscitadas por la autora es evidente y sería interesante determinar hasta qué punto interviene aquí la dicción formular. No reproduce el *corpus* sobre el que ha trabajado, que ocuparía demasiado espacio, pero expone el método seguido en su elaboración, que justifica bien. No tienen gran importancia ciertos puntos de detalle, como el que se prescinda con demasiada ligereza del paralelismo de las formas verbales en *-η* (p. 72), o que no parezca pertinente la construcción de algunos verbos con genitivo-ablativo o con dativo instrumental alegada como indicio de un sincretismo antiguo entre ambos casos (p. 86, en *Il. X 122* el dativo no es instrumental).

La preocupación metodológica, presente en todos los trabajos, es particularmente clara en el de J. de la Villa (pp. 93-130), demostración muy lúcida de cómo estudiar la sintaxis de las preposiciones a propósito del ejemplo concreto de *μετά* con acusativo en Homero. Tras fijar los valores gramaticales con criterios funcionalistas, el autor examina las razones semánticas y distributivas que justifican que un mismo sintagma pueda cumplir funciones diferentes en la frase.

También E. Crespo aborda un tema de sintaxis en su contribución (pp. 13-34). Partiendo de la observación de que cuando varios sujetos realizan cada uno una vez la acción verbal, el griego puede expresar el lexema primero en aoristo y luego en imperfecto (cf., p. ej., *Il. VII 303 ss.*), insiste, con razón, en que las definiciones del valor del tema de presente como imperfectivo o como durativo no son suficientemente precisas. Él propone una formulación más adecuada: el tema de presente de-

nota el contenido verbal dotado de estructura temporal interna, que puede funcionar como durativa, si hay una sola realización de su contenido, o como repetitiva, si hay varias. El tema de aoristo, en cambio, expresa la ausencia de esa estructura temporal o la indiferencia a ese contraste.

En resumen, *Homerica* es un libro estimulante y de gran interés, que merece ser leído con atención. Dará que pensar, sin duda, a filólogos y a lingüistas.

MANUEL GARCÍA TEJERO

SÁNCHEZ SALOR, EUSTAQUIO.—*Semántica y sintaxis. La oración compuesta latina*. Cáceres, Universidad de Extremadura, 1993, 270 pp.

Presentamos un libro tan denso en contenido como rico en aportaciones para el estudio de la oración compuesta latina, basándose en los postulados de la lingüística moderna, que resaltan la importancia del nivel semántico para cualquier análisis lingüístico. En este sentido el libro se encuadra en la misma línea que otros trabajos del autor, de los que toma conclusiones y es, a su vez, continuación.

El estudio tiene como objetivo central los rasgos semánticos de la oración compuesta latina y sus realizaciones sintácticas. Parte de la afirmación de L. Tesnière de que las determinaciones de un verbo, un nombre o una proposición pueden responder a las cuestiones *VBI*, *VNDE*, *QVO*, *QVA* en el plano espacial, en el temporal y en el nocional, lo que daría un total de doce tipos distintos de determinación.

Dichas determinaciones las puede realizar cualquier unidad lingüística: un adverbio (la realización más frecuente en el plano espacial, aunque en el caso de *VNDE* predominan las locuciones nominales), una locución nominal (que, en el plano temporal, comparte el terreno con los adverbios) o una proposición subordinada (la predominante en el plano nocional, con la salvedad de los adverbios de modo).

Es posible, asimismo, que una misma oración tenga más de un rasgo y que éstos puedan estar, a su vez, sometidos a hipótesis o negados.

Cada uno de los cuatro capítulos del libro está dedicado a analizar los tipos de oraciones correspondientes a los cuatro rasgos en los diferentes planos.

El capítulo I (pp. 21-104) a las oraciones que tienen el rasgo *VBI* o *QVID* (= *VBI* en el plano nocional). Se abordan aquí dos cuestiones importantes dentro de la sintaxis latina. Una es el problema de los verbos impersonales; se examinan los distintos tipos de oraciones construidas con los llamados verbos impersonales y los diferentes análisis posibles; la conclusión es que esos verbos tienen siempre adyacente un *nomen cognatae significationis* que da cuenta de su *quidditas*, por lo que se puede postular la inexistencia de oraciones impersonales. La segunda cuestión es el «acusativo sujeto de infinitivo» y su relación con el verbo principal (*dicunt me uenire*); la existencia de una pasiva en que dicho acusativo pasa a ser sujeto del verbo principal (*dicor uenire*) parece indicar que el nombre en acusativo está en la esfera del verbo principal.

El capítulo II (pp. 105-165) se dedica al rasgo *VNDE* que poseen, en el plano espacial, las oraciones adverbiales de relativo; en el plano temporal, las oraciones adverbiales de tiempo, que identifican por sí mismas el momento a partir del cual acontece lo que expresa la otra oración (el sintagma típico de este rasgo es *ex quo*, pero también *postquam*, etc.), y, en el plano nocional, dan cuenta de la causa o móti-

vo de lo que dice la otra oración las oraciones subordinadas causales (rasgo *VNDE*), condicionales (rasgo *VNDE* + rasgo *QVAEST*) y concesivas (tienen el mismo rasgo que las causales y condicionales respectivas, pero de signo contrario).

El capítulo III (pp. 167-217) trata de las oraciones con rasgo *QVO*: en el plano espacial, oraciones adverbiales de lugar «adonde»; en el plano temporal introducen este tipo de oraciones partículas como *donec* (la que mejor responde a este rasgo), *quoad*, *antequam* o *dum*, todas ellas válidas también para otros rasgos; en el plano nocional, las oraciones finales, pero entendiendo por tales «todas las que indican en el plano nocional el punto final de lo que se ha dicho en la oración anterior» (p. 175), es decir, oraciones consecutivas, completivas con *ut* y finales. Que todas estas oraciones tienen el mismo rasgo en común lo demuestra la frecuente dificultad a la hora de interpretar el valor predominante en una oración. Para resolver esta dificultad, ya planteada antes por otros estudiosos, se intenta una explicación desde la interpretación del verbo (intencionalidad, opcionalidad...), pero además teniendo en cuenta si el complemento indica otros rasgos además del *QVO*.

El capítulo IV (pp. 219-252) examina las oraciones con rasgo *QVA*, muy escasas en el plano espacial; en el plano temporal se emplean oraciones subordinadas temporales cuando la localización temporal queda limitada a la propia expresión temporal, pero sólo si hay además alguna otra notación circunstancial, si no se recurre a los adverbios *interim*, *interea* frente a *dum haec geruntur*; las partículas *cum*, *ubi*, *dum* (la más típica), *donec*, *quoad*, que introducen estas oraciones, responden también a otros rasgos. En el plano nocional, es el único rasgo al que responde, además, una importante cantidad de adverbios de modo e intensificadores, según el autor debido a que los complementos de modo afectan al verbo de una forma muy distinta que los de causa o fin, puesto que afectan a todo el desarrollo de la acción y tienen aspectualmente una mayor conexión con el verbo, por lo que al marcarlos se tiende a la especialización morfológica. Se emplea la oración adverbial de modo cuando la determinación es específica.

Cierra el estudio un apéndice dedicado a las oraciones de relativo (pp. 253-259) que no se incluyen en ninguno de los sistemas anteriores por no ser, en principio, determinación una de otra, sino que lo único que se exige a nivel semántico es que haya dos nombres correferenciales. Pero a veces una de las oraciones puede tener, con respecto a la otra, alguno de los rasgos semánticos conocidos. Entonces se producen las oraciones de relativo adverbiales, semejantes, a nivel semántico, a las otras oraciones adverbiales.

Un análisis exhaustivo de todas las respuestas posibles a cada una de las preguntas en cada uno de los planos da pie a que se examinen las diferentes realizaciones sintácticas y toda la problemática que plantean: partículas introductorias, aspecto verbal, nociones lexicalizadas o no dentro del mismo verbo que llevan al empleo de una u otra partícula, imbricaciones de diferentes rasgos dentro de cada una de las proposiciones, dificultad en el dictamen de la prevalencia de uno de los rasgos sobre otros; para todo ello se tienen en cuenta los diferentes trabajos a que han dado origen las distintas cuestiones, con lo que también se ofrece una actualización bibliográfica sobre el tema.

Este análisis es, a nuestro juicio, la aportación más interesante del trabajo, pues supone un avance muy importante en la sistematización de la composición en latín, tan difícil de conseguir por las profundas implicaciones existentes entre los distintos tipos de oraciones con que se responde a una misma pregunta, así como entre las diferentes preguntas.

El autor se propone lograr dos objetivos: averiguar cuáles son las proposiciones que responden a cada una de las cuestiones anteriores con el fin de avanzar en la sistematización de la frase compuesta, y descubrir los rasgos semánticos de cada una de las proposiciones.

Del mismo modo, al analizar los diferentes rasgos semánticos que forman parte de cada tipo de proposición, queda patente la dificultad y casi imposibilidad de realizar un esquema aislado de cada uno de ellos sin tener en cuenta los que tiene «además de», que muchas veces originan, junto con el significado del verbo o el tipo de modificación que sufre, el que se emplee una partícula y no otra.

Resultaría ilustrativo un esquema final en que se agrupasen los distintos rasgos que puede poseer cada una de las oraciones subordinadas adverbiales pues serviría para presentar unificados todos los valores que se examinan en los diferentes capítulos, en los que continuamente el autor se ve obligado a recurrir a referencias cruzadas.

Sugerimos que para ediciones posteriores se subsanen las muchas erratas, que felizmente no afectan al contenido, salvo aquellas detectadas en los ejemplos latinos que pueden inducir a interpretaciones erróneas (p. 78 *Caesar factus es consul* por *factus est consul*, o p. 93, *Caesarem unire* por *Caesarem uenire*); algunas imprecisiones (p. 116, «En los dos últimos ejemplos el verbo de la oración de *ut* va en presente de Indicativo: *sit* y *obtines*», donde el ejemplo de *sit* no sería válido).

Damos pues la bienvenida a este libro que han de tener en cuenta en adelante los estudiosos de la Filología Latina.

MATILDE CONDE

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

COLE, TH.—*Pindar's feasts or the music of power*. Roma, Ateneo, 1992, 174 pp.

El propósito —declarado sin ambages desde el prólogo— de este importante libro consiste en rescatar a la crítica pindárica de la esterilidad y el marasmo «formalistas» en que se arrastra desde (por lo menos) los memorables trabajos de Bundy en 1962, y en recuperar su dimensión genuinamente histórica, que, también de manera explícita, se pone bajo la advocación de Wilamowitz. Los pindaristas hallarán en estas páginas, más o menos remozados y expuestos con gran energía, puntos de vista que les recordarán antiguos conocidos a los que no frecuentaban desde hacía bastante tiempo: *ex. gr.*, la opinión de que *Nem. V* es un encargo subvencionado por la facción pro-ateniense en Egina (p. 41 ss.); a pesar de ello, la muerte de Foco a manos de sus hermanos, los Eácidas (vv. 12 ss.), evoca antiguas ἀμαρτίαι eginetas, que ahora conviene olvidar, para establecer una alianza sólida con Atenas (pp. 59-61); que la tercera libación, en *Isth. VI 7-9*, se referiría más a una hipotética victoria militar contra los Persas que a un triunfo atlético; que, en términos generales, *Isth. VI* (más el *Epin. XIII* de Baquilides) e *Isth. V* representan el paisaje justamente antes y después de la batalla; la alegre identificación, mantenida en todas partes, «Tetis = talasocracia» (cf. p. 82: «the ships and naval capability that Thetis represents»); y, en definitiva, que los festivales atléticos eginetas tenían alguna significación a la hora de definir la política exterior espartana (cf. p. 89: «... the stakes were too high, the

assigned task too complicated...»). Llegamos a la conclusión, en última instancia, de que una noción como la de «uncontrollable subtext» (pp. 36 y 78), sobre todo utilizada como Cole la utiliza, constituye una patente de corso, no un argumento crítico sometido a algún tipo de control racional. Aplicada a Píndaro, por lo menos, conduce a anacronismos flagrantes.

Y, sin embargo, sería de veras lamentable que la acumulación de anécdotas irrelevantes o triviales, determinados excesos interpretativos (un poco sorprendentes en 1992, como la comparación entre las bodas de Tetis y Peleo y la ceremonia anual de nupcias entre el Dogo de Venecia y el Adriático) no permitieran apreciar lo que sí es realmente importante en este libro: la exhortación urgente a tener muy en cuenta el «performative context» a la hora de interpretar un poema arcaico (pues ésta, y no otra, constituye, a mi entender, la lección perdurable de Bruno Gentili y la escuela de Urbino). En efecto, el primer capítulo de Cole recuerda con todo el énfasis conveniente que *en-comio* proviene de $\kappa\omega\mu\omicron\varsigma$ y que los epinicios fueron compuestos «to be sung during (or in the occasion of) a procession of revelers and carousers» y no, probablemente, «in a stationary banquet or symposium for drinkers and diners...» El *en-comiasta* «focuses this movement even further...»; y resulta significativo que su tarea no fuera consecuencia de un encargo oficial de la comunidad política (como las Grandes Dionisias), sino fruto de un acuerdo privado. Pero el grave inconveniente que la discusión de Cole no consigue paliar radica en que, a pesar de las dificultades inherentes a la empresa, sería preciso caracterizar mejor los $\kappa\omega\mu\omicron\iota$ pindáricos, recuperar con todo el rigor posible el contexto de la $\epsilon\omicron\rho\tau\eta$, de la «performance», a partir de cualquier material aprovechable (incluyendo, desde luego, la comparación antropológica), en lugar de salir del paso a base de unos cuantos paralelos, de una pertinencia, a veces, muy discutible y dudosa.

Resulta irónico, además, que en alguna ocasión, Cole obtenga excelentes resultados en terrenos muy próximos, precisamente, a la crítica «formalista» denostada por él: *ex. gr.*, el análisis de *Nem. IV* (pp. 97-100) puede interpretarse como un estudio de la «reafirmación del vínculo de $\xi\epsilon\nu\iota\alpha$ entre poeta y comanditario», vínculo enturbiado por las circunstancias. Y en este caso, a pesar de sus propias advertencias, Cole discute el poema como un lector, no como un oyente: atento a las sutiles referencias cruzadas, sin respetar demasiado la linealidad de la recepción oral... (También dudo mucho de que su cronología «alta» de este poema suscite desmedidos entusiasmos.) Otro aspecto muy de agradecer es el esmero con el que se subrayan las desviaciones, más o menos importantes, de Píndaro respecto a las versiones canónicas de los mitos que ha escogido narrar, incluso si su valoración en clave exclusivamente política puede ser discutible. Ocasionalmente, se produce algún exceso de celo; por ejemplo, la taxativa afirmación (p. 93) de que «equally unique, in all of Pindar, is the reference... to troop losses during a heroic campaign» resulta errónea: cf. *Ol. X* 31-33.

El último capítulo, que el propio autor califica casi de apéndice, discute rápidamente la mayoría de odas dirigidas a soberanos o a sus lugartenientes; estas interpretaciones (con excepción de *Pyth. IV*, para la que se sugiere una lectura particularmente retorcida e improbable) se acercan mucho más a las canónicas y carecen de la fuerza de revulsivo que define la mayor parte de este libro. En efecto —merece la pena insistir en ello—, aunque no podamos compartir sus análisis de muchos pasajes, ni tampoco los de los poemas en su conjunto, no sabríamos negar que los postulados de los que parte Cole merecen una consideración detenida, si es que la crítica

ca pindárica debe superar las angostas fronteras dentro de las que se mueve habitualmente.

JAUME PÒRTULAS

O'SULLIVAN, N.—*Alcidamas, Aristophanes and the Beginnings of Greek Sophistic Theory*. *Hermes Einzelschriften*, Hef 60. Stuttgart 1992, 168 pp.

La clave de este trabajo es doble: por un lado, el aserto de Kennedy —que no es precisamente el más brillante o rico en datos de cuantos hizo— de que la historia de la retórica es la del desarrollo de una teoría amplia y tradicional a la que contribuyeron muchos escritores y maestros (*The Art of Persuasion in Greece*, Princeton 1963, p. 9) y, por otro, un texto fundamental de la *Retórica* de Aristóteles (que el autor debería citar como es de ley entre filólogos: *Rh.* 1413 b 3 ss., y no como lo hace: *Rh.* III 12), en el que se nos transmite una doctrina según la cual, por decirlo en el descarnado estilo que adopta el Estagirita en sus obras esotéricas, cada género encaja mejor en un estilo de la prosa que en otro, ya que no es lo mismo hablar ante el pueblo que ante un tribunal (dos géneros), ni tampoco son idénticos el estilo de la prosa de debate (agonístico) y el de la prosa escrita («gráfico») (dos estilos). Del primero es propio la mayor capacidad de teatralización (*ὑπόκρισις*) con vistas a cautivar al auditorio. Lo propio del segundo, en cambio, es su mayor precisión.

Lamento mucho que este pasaje no lo haya explicitado, desarrollado y comentado suficientemente el autor, porque es el decisivo a la hora de montar su argumentación.

Hay, pues, un estilo de la prosa que se llama agonístico y otro conocido como «gráfico».

El discurso de Alcídama titulado «Sobre los que escriben discursos escritos, o sea, sobre los sofistas», es una defensa del estilo agonístico, que, a juzgar por la forma y el contenido del discurso en cuestión que le sirve de apología, equivale al estilo grandioso cargado de poetismos, grandilocuente y *μεγαλοπρεπής*. En él nos dice que no desestima el estilo «gráfico» de los discursos escritos, pero que prefiere el de la improvisación, y que, con poco esfuerzo dedicado al discurso que está —paradójicamente— escribiendo, se dispone a eclipsar a los partidarios del estilo «gráfico».

En efecto, quienquiera haya echado un vistazo al discursito aludido (de no más de seis o siete páginas del *Artium Scriptores* de Radermacher), habrá notado la abundancia en él de abstractos, de perífrasis, de redundancias y recurrencias semánticas y de palabras compuestas (*διπλᾶ ὀνόματα*) y palabras raras (*γλῶτται*), todo lo cual es, efectivamente, muy del gusto y del estilo gorgianos.

Me hubiera gustado que el autor, al rozar este punto, nos hubiera dedicado un capítulo a mostrarnos profusamente la indignación del Estagirita con Gorgias y Alcídama por emplear justamente vocablos del tipo de «musimendicantadoladores» (*πρωχομουσοκόλακας*), engendro del sofista de Leontino, y «fueguicolor» (*πυρίχρων*), lindeza de Alcídama (cf. *Arist. Rh.* 1405 b 37 ss.), a los que nada tienen que envidiar los más altisonantes y estrafalarios epítetos ditirámbicos. De haberlo hecho así, saldría favorecida su tesis, por lo demás archisabida, de que las más antiguas apreciaciones del estilo se hacen por igual sobre el verso y sobre la prosa.

Frente al estilo grandilocuente y agonístico de Alcídama, que es a juicio de

éste el preferible si el orador lo que pretende es aprovecharse de las ocasiones propicias, destaca el exacto, medido y preciso de Isócrates, que es un estilo «gráfico», que sobresale fundamentalmente por el rigor en el empleo de los vocablos y es, por tanto, puro, sutil y tenue.

En esta frase concreta del discurso de Alcidasmanete debería haber hecho más hincapié el autor, a saber: B XXII 15, 34 Radermacher *μᾶλλον τοῖς καιροῖς χρῆσθαι καλῶς ἢ τοῖς ὀνόμασι λέγειν ἀκριβῶς*. Porque lo que recomienda Alcidasmanete no es improvisar a la ligera (*ibid.* 33 οὐδ' ὡς εἰκῆ λέγειν παρακελευόμεθα).

Pues bien, Aristófanes ya es consciente del estilo, de la *λέξις*, como una característica aislable de la dicción, que puede ser definida y clasificada en la lengua del verso como en la de la prosa, y además distingue perfectamente el recargado del claro. Y así, Esquilo en verso y Cleón en oratoria son grandilocuentes, son ejemplares ilustres del estilo agonístico, mientras que Eurípides y los jovencitos parlanchines de los nuevos tiempos que no hablan (*λέγειν*), sino que parlotean o chacharean (*λαλεῖν*), como, p. ej., el hijo de Cefisodemo, que es parlanchín y —¿cómo no?— maricón (cf. Ar., *Ach.* 703-12), son prototipos del estilo escrito, es decir, puro, muy exacto, pero tenue, delicado y seco.

Detrás de esta doble concepción del estilo están —es evidente— los sofistas, y, en concreto, Gorgias, como representante del estilo agonístico, un estilo que es cautivador y poético, y que previamente, en cuanto que era grandioso, había caracterizado —a juicio de Aristófanes— los versos de Esquilo (recordemos que Gorgias decía de *Los Siete contra Tebas* que era un drama lleno de Ares), y Pródico, que, como experto en sinonimia y exactitud verbal (Amiano Marcelino se refería en su *Vida de Tucídides* 26 a la «exactitud verbal» o *ἀκριβολογία* de este sofista), propugna el estilo «gráfico», menos excitante y encantador de la audiencia pero más preciso y exacto. Isócrates, haciendo uso de esta modalidad estilística, siguió las huellas de su maestro Pródico. Pues Pródico es el teórico de la *λέξις γραφική* o estilo «gráfico», que empleó en verso Eurípides.

En el *Certamen entre Homero y Hesíodo* se oculta la oposición de ambos estilos, el de Homero, Gorgias y Alcidasmanete, por un lado, y el de Hesíodo, Pródico e Isócrates, por otro, el de la naturaleza sublime del autor del *De sublimitate* (tan poco frecuente en su tiempo según él mismo nos hace saber), que se localizaría en el primer bando, y el artificial y artístico de la *τέχνη*, que deberíamos colocar en el segundo.

Éste es, en suma, el contenido del libro reseñado, que, a nuestro juicio, en un cincuenta por ciento suena a *déjà vu*, y en el tanto por ciento restante a excesivamente simplificado y a veces incluso forzado.

Es lo que cabía esperar de un libro que parte de una afirmación (el aserto de Kennedy mencionado al comienzo de esta reseña) que es tan inobjetable como difusa.

ANTONIO LÓPEZ EIRE

COOTJANS, G.—*La stomatologie dans le Corpus aristotélicien*. Bruselas, Académie Royale de Belgique, Mémoires de la classe des lettres, tome LXIX, 1991, 242 pp.

El A., doctor en medicina (1948) y en odontología (1982), hizo esta tesis bajo la dirección de S. Byl. El trabajo comienza con una introducción (pp. 11-29) donde se

revisan, especialmente, la estomalogía en la Antigüedad y las relaciones de Aristóteles con la medicina.

El capítulo «La estomatología en el *Corpus aristotélico*» (pp. 30-126) constituye el centro del trabajo. Se pasa revista allí, desde los planos anatómico, fisiológico y patológico, a la boca, mandíbulas y mejillas, labios, paladar, úvula, lengua, glándulas salivares, encías y dientes. Nos referiremos a los puntos más destacados.

Entre las funciones de la boca hallamos tres: la elaboración del alimento (*HA I 4*, 489 a 27-28. Aristóteles indica que el feto, en cambio, recibe el alimento sólo a través del cordón umbilical, cf. *GA II 4*, 740 a 27-35, etc.), respiración (*Resp. 7*, 474 a 7-9), y resonancia de la voz humana para producir el lenguaje articulado (*Aud. 1*, 800 a 16-23).

Con respecto a la anatomía y fisiología de la lengua, el estagirita distingue, respectivamente, cuatro partes y tres funciones. Entre éstas últimas figuran la táctil, la gustativa y la articuladora de la voz humana. Interesa destacar una serie de perturbaciones de la palabra que encuentran explicación en una disminución o mal funcionamiento de la movilidad lingual. Se estudia al tartamudeo, balbuceo y la incapacidad de pronunciar determinados sonidos (*ισχνοφωνία, ψελλότης, τραυλότης, Pr. XI 30*, 902 b 16-29).

De los dientes se estudian la anatomía (naturaleza, crecimiento, erupción y caída, conformación, diferenciación, número y anatomía comparada), fisiología (masticación, defensa y lenguaje articulado) y patología (accidentes de la dentición, anomalías dentarias, caries, dentera, extracción). Los dientes proceden de los huesos, se nos dice, mientras que las uñas y los pelos vienen de la piel (*GA II 6*, 745 a 19-21), y, así, se explica que los negros tengan los dientes blancos, pero las uñas y piel negras (*HA III 9*, 517 a 17-20). El filósofo hace tres observaciones importantes acerca del crecimiento de los dientes: se desarrollan gracias al alimento proporcionado por los huesos maxilares (*GA II 6*, 745 b 7-8); el crecimiento es acelerado por el calor (*GA V 8*, 789 a 4-6), y se prolonga durante toda la vida (*GA II 6*, 745 a 25). Aristóteles nos habla de tres clases de dientes: incisivos (*πρόσθιοι*), caninos (*κυνόδοντες*) y molares (*γόμφιοι, πλατείς*), cuyas peculiaridades anatómicas y fisiológicas son indicadas en tres contextos dignos de atención (*PA III 1*, 661 b 6-12, *HA II 3*, 501 b 16-19, *Ph. II 8*, 198 b 24-26). Como en otros puntos (cf. pp. 116-118), se ha indicado que Aristóteles apunta a la inferioridad femenina frente a la masculina, cuando señala que la mujer tiene menos dientes que el varón y, por tanto, una vida más corta (*HA II 3*, 501 b 19-21; *Pr. XXXIV 1*, 963 b 20).

El siguiente capítulo contiene una revisión de los métodos seguidos por la investigación estomatológica (pp. 127-150), donde se pone el énfasis, entre otros aspectos, en las observaciones personales del filósofo que son exactas, tales como la definición de los molares como piezas dentarias definitivas, a diferencia de los incisivos (*HA II 1*, 501 b 3-4). Hay que señalar también los prejuicios: el dualismo, el justo medio, el finalismo, la inferioridad de la mujer, la valorización del hombre, la hebdómada, etcétera.

La bibliografía (textos antiguos: *corpus aristotélico*, colecciones y repertorios, otros autores antiguos); las referencias de autores antiguos citados; el índice de términos griegos y el de términos latinos y franceses (pp. 152-237) cierran el volumen, obra de gran interés para el helenista, el historiador de la ciencia, el filósofo y, en general, el estudioso del mundo antiguo.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

FUSILLO, MASSIMO.—*Naissance du roman*. Trad. del italiano por MARIELLE ABRIOUX. París, Seuil, 1992, 275 pp.

Resulta, sin duda, buena muestra del interés suscitado por este estudio sobre las novelas griegas, en el que se conjuga el análisis filológico de motivos y estilos con una fina crítica literaria muy actual, que aparezca traducido al francés en una serie tan importante y atractiva como esta de «Poétique» de la Editorial «Seuil». Tal vez el título italiano *Il romanzo greco. Polifonia ed eros* (Venecia 1989) resultaba más preciso para indicar en qué sentido avanza esta exégesis literaria de M. Fusillo. *Naissance du roman* puede resultar más atractivo para el lector más general, y no está desencaminado, ya que con estos relatos de amor y aventuras nace el género al que se dará el nombre de «roman» o, en español, «novela».

Pero lo que Fusillo quiere destacar es cómo en torno a un esquema romántico que todos los ejemplos antiguos recrean con variantes de tono y nuevos elementos marginales puede percibirse esa «polifonía», ese juego de contrastes y de ecos, que constituye lo más sabroso y lo más matizado para el lector ya avezado a tales historias. Aunque ningún preceptista antiguo teorizó sobre el género novelesco, es obvio que los autores componen sus relatos con ciertos modelos y que tanto ellos como sus lectores han leído otras novelas. Toda nueva trama romántica se inscribe así en una tradición y busca renovar y variar el viejo esquema, aun manteniendo motivos y temas básicos que son imprescindibles para el objetivo buscado y las expectativas del lector.

«Matrices, modelos, reescrituras», se titula el primer apartado del libro, y siguen otros dos: «Voces y puntos de vista narrativos» y «Un paradigma temático: el eros». Ya esos títulos de las tres secciones orientan muy bien y definen el enfoque crítico y hermenéutico programado desde un principio con claridad.

De un lado hay que rastrear los motivos y tonos que estas historias o ficciones de amor toman del repertorio helenístico, y de otro cómo en las sucesivas novelas se van perfilando con acentos singulares o enfoques novedosos esos mismos elementos de la narración. Buen conocedor de la técnica narrativa de un Apolonio de Rodas, sobre cuyo texto ha trabajado con precisión, Fusillo rastrea aquí, en las escenas de amor alusiones a esos precedentes helenísticos, y luego, en las novelas posteriores, como las de Aquiles Tacio y Longo, advierte la variación en el uso de imágenes ya empleadas y alusiones de matices varios. Son, en efecto, los textos de Aquiles Tacio, y Longo, y a cierta distancia Heliodoro, los que más se prestan a esta exégesis y análisis. Polifonía e hipertextualidad parecen convenir bien en una lectura detallada, sensible, de *connaisseur* que detecta los matices, los tonos un tanto irónicos, el juego literario, de estos novelistas, mucho más doctos y menos ingenuos que lo que pudieran parecer en un acercamiento superficial.

Es muy abundante la bibliografía actual sobre la novela griega con numerosos estudios especializados y detallados. Es buen momento para estudios de conjunto como éste, tan bien informados como atentos a la estructura interna de esos textos, dentro de su género —sin una poética académica, pero con una coherencia en su tradición bastante notable—. Estudios como éste y como el de A. Billault, *La création romanesque dans la Littérature Grecque à l'époque impériale*, París 1991, ofrecen una idea muy clara de lo más atractivo de la investigación actual, en cuanto crítica literaria de nivel alto y de comentario filológico preciso, sobre el desarrollo interno de este género literario, tardío y en los márgenes de lo clásico, pero epígono fundamentalmente abierto a la modernidad, y enraizado en temas y figuras de larga tradi-

ción. Evaluar lo nuevo y percibir los ecos antiguos —o de obras más recientes— es un ejercicio crítico necesario para percibir los matices y cualidades de estos textos. De estas antes llamadas «novelas bizantinas», que son, ambiguas y atractivas, las últimas ficciones del espíritu helenístico, polimorfo y mimético.

Y, al tiempo, las primeras muestras de un romanticismo novelesco de muy larga descendencia. Pero aquí M. Fusillo no trata de indagar su origen, sino los vaivenes y variaciones de su paradigma temático: ese *eros* aburguesado y romantizado, recurrente en diversos reflejos y disfraces. Una investigación realizada con un buen dominio de los textos, y de los estudios recientes sobre ellos, y con una finura crítica muy destacada y muy actual, tanto en sus comentarios como en sus enfoques.

CARLOS GARCÍA GUAL

HENGEL, MARTIN (en colaboración con R. DEINES).—*Il Paolo precristiano*. Versión italiana a cargo de G. PONTOLIO. Studi Biblici, 100. Brescia, Paideia Editrice, 1992, 204 pp.

La tesis central de esta obra es la siguiente: en lo que respecta al lugar de nacimiento, niñez, ámbito de educación primaria y superior, afiliación al partido fariseo y motivos de la persecución anticristiana de Pablo el texto de Lucas en los *Hechos de los Apóstoles* es sustancialmente digno de crédito. La aparente contradicción entre la segunda parte de la segunda obra lucana y los datos proporcionados por las cartas auténticas, en especial *Gál.* 1, 13 ss., se resuelve positivamente en un cuadro creíble por medio de la exégesis y la apelación a datos históricos proporcionados por el contexto.

La norma metodológica que adopta Hengel es sana en sí misma: no hay que dudar de lo que afirma Lucas sobre Pablo de Tarso en sus *Hechos*, salvo que sea absolutamente necesario. La clave de bóveda de la argumentación que sigue es sencilla: de *Flp.* 3, 5 sabemos, por propia boca de Pablo, que él es «hebreo, hijo de hebreos» y de la secta «farisea». Eso significa, en primer lugar, que su familia es puramente judía y con lazos afectivos con la metrópoli, Jerusalén, muy grandes. En segundo: dadas las características de la piedad farisea y sus exigencias, vivir conforme a tales normas era prácticamente imposible fuera de la Palestina judía. Con estos datos casa muy bien los que proporcionan los siguientes pasajes de los *Hechos* lucanos: 22, 3; 26, 4 s. y 23, 6. Por último, sobre su actividad de perseguidor de la iglesia jerusalémica —según los mismos *Hechos* 8, 3, ss.— el texto de *Gál.* 1 nada afirma ni en favor ni en contra de esta acción de Pablo como enemigo de la Iglesia primitiva en Jerusalén. Por último, el pasaje de *Rom.* 15, 19b da a entender que el punto de partida de la actividad misionera de Pablo es Jerusalén, no Damasco, Siria en general o Arabia, lo que se halla de acuerdo con los datos de *Hch.* 9, 28, ss.

La imagen que se desprende de la reconstrucción de Hengel, combinando esos pasajes paulinos así interpretados y siguiendo fundamentalmente las indicaciones de los *Hechos de los Apóstoles*, es la tradicional. A pesar de que Hengel no ahorra pequeñas críticas a Lucas (por ejemplo: a veces el autor sacro va contra la realidad histórica, p. 159; su relato contiene alguna incongruencia, pp. 161-163; Lucas exagera los inicios de la persecución anticristiana en Jerusalén y atribuye en estos momentos a Pablo un papel nada claro, p. 159; hay cierta contradicción entre *Hch.* 9, 24 y *Cor.* 11, 32, etc.), su tesis lo enfrenta directamente contra los que desconfían de la histori-

cidad de muchos pasajes de los *Hechos de los Apóstoles* y niegan radicalmente cualquier estancia previa de Pablo en Jerusalén anterior a la descrita en *Gál.* 1, 13 ss.

En nuestra opinión, y a pesar del denodado esfuerzo de Hengel por demostrar lo contrario a la mayoría de los críticos, el centro del problema en torno a la primera estancia jerosolimitana de Pablo —testimoniada sólo por Lucas— permanece aún sin resolver. El núcleo de la dificultad radica en la discusión de *Gál.* 1, 13 ss. y en especial de 1, 17-23. A pesar del recio hilo argumentativo del autor, las claras palabras del Apóstol en *Gál.* 1, 17, ss. me siguen pareciendo imposibles de casar con el relato de los *Hechos* lucanos. La lectura de este libro de Hengel no llega a despejar ese ambiente de desconfianza hacia Lucas que la crítica ha inculcado a los modernos lectores de teología hasta los tuétanos. La información de Lucas es unilateral de hecho. Sigue siendo una enorme dificultad lo siguiente: ¿cómo es posible que un historiador que escribe sobre uno de sus héroes principales 20 ó 30 años después de su muerte ignore por completo la correspondencia de éste (Hengel lo admite como seguro, p. 72), de la que se hacían copias para enviar a las diversas iglesias? ¿Cómo es posible también que Lucas dibuje a Pablo «ya al final de su vida» aún como un fariseo y un celoso defensor de la Ley (*Hch.* 23, 6)? Y si es obligatorio admitir que el autor de los *Hechos* presenta bajo una luz evidentemente errónea tres hechos cruciales de la vida de Pablo (1. *Hch.* 11, 29; 2. 12, 25 contradice a *Gál.* 1, 17 - 2, 1; *Hch.* 15, 7-21 es imposible de casar con *Gál.* 2, 15 ss.; 3. *Hch.* 15, 23-29 choca palmariamente contra *Gál.* 2, 6-9), ¿cómo no ponernos en guardia contra la argumentación de Hengel en pro de que Lucas tenga ineluctablemente razón en 23, 3; 26, 4 y 23, 6?

Más terrible aún es que Hengel no explique convincentemente la flagrante oposición entre *Hch.* 26, 4 y *Gál.* 1, 22. Tampoco queda clara la explicación que trata de conjugar la noticia de *Hch.* 7, 58 (Pablo era un jovencito, *νεανίας*, cuando lapidaron a Esteban) con la propia reconstrucción cronológica del autor: según Hengel, ¿Pablo tendría entonces de 25 a 30 años!

La formación farisea de Pablo, defendida consecuentemente por Hengel especialmente en pp. 111-152, ha sido puesta en duda por H. Maccoby en *Paul and Hellenism*, Londres 1991, cap. 5, «Paul and Pharisaism», pp. 129-154, con solidísimos argumentos. La conclusión de Maccoby sobre la epístola más teológica de Pablo, *Romanos*, es la siguiente: «Nuestro análisis de *Romanos* no nos ha revelado ningún signo de un estilo o metodología genuinamente rabínica (farisea) en los escritos de Pablo. (Éstos) revelan a veces una enseñanza rabínica, y precisamente estos esfuerzos son los que prueban claramente que él no posee tal instrucción» (p. 153).

Una dificultad añadida a la tesis de Hengel es su conclusión subsiguiente: toda la teología paulina se apoya de modo exclusivo sobre concepciones veterotestamentarias desarrolladas por el fariseísmo, aunque entendidas por el Apóstol de modo diferente y como vueltas del revés tras su conversión a las puertas de Damasco. Hengel niega por ello cualquier influjo del mundo y la religiosidad helenística exterior (pp. 32-3, 191-2) sobre otras afirmaciones igualmente centrales de la teología paulina. Sin embargo, nos parece bastante claro que el esquema de salvación paulino —que contiene ya con claridad las ideas de la elevación al ámbito ontológico de lo divino del mesías judío (Jesús como *κύριος*), la muerte violenta del salvador divino, su resurrección e inmortalidad y la promesa de resurrección a todos los fieles que crean en la misión salvífica que representó tal muerte— es absolutamente inexplicable dentro de una estructura de pensamiento estrictamente farisea, por muy vuelta

del revés que sea, tal como postula Hengel en su reconstrucción del Pablo prescristiano.

En conclusión: el trabajo de M. Hengel en *El Pablo precristiano* es minucioso, erudito, brillante y consistente una vez que se admite su interpretación del texto clave de *Gálatas* 1 y sus deducciones de *Flp.* 3, 5 y *Rom.* 15, 19b. Pero a este respecto no nos parece que Hengel haya conseguido plenamente su propósito. Por lo demás, el resto de los argumentos críticos usuales sobre la escasa veracidad histórica de ciertos pasajes de los *Hechos de los Apóstoles*, en especial el cap. 15, siguen en pie y ponen en guardia contra los resultados de esta investigación que se basa en una estancia jerosolimitana de Pablo que no encaja nada bien, *pace Hengel*, con los datos biográficos que delinean los dos primeros capítulos de la *Epístola a los Gálatas*.

ANTONIO PIÑERO

MASERA, A.—*Querolus siue Aulularia*. La nuova cronologia e il suo autore. Turin, Casa Editrice Le Lettere - Università degli Studi di Torino, 1991, 234 pp.

Aululariam hodie sumus acturi... inuestigatam Plauti per uestigia. Así se dirige a los espectadores el anónimo autor de la *fabella*, en la que la influencia del escritor latino aparece explícita en esta comedia escrita *ore barbaro*, con la intención, parece, de ser representada en pequeñas funciones durante los banquetes.

El *Querolus siue Aulularia* fue atribuido a Plauto durante el Medievo, e incluso insertado dentro del *corpus Plautinum* (cod. R), pese a que en el Prólogo el autor aclara que no es del comediógrafo latino. Los problemas de paternidad son abundantes en las obras medievales y, en el caso que nos ocupa, también es problemático situar su cronología. Tal es el objetivo de Anna Masera: sin tener en cuenta hipótesis precedentes, pretende fechar la comedia y atribuirle un autor a partir de criterios históricos, sociológicos y paleográficos que aparecen en el texto, además de hacer un estudio literario-estilístico en el que compara la comedia con los versos de su precedente plautino y con obras medievales contemporáneas.

Esta obra aparece fechada, en principio, en torno a los siglos iv-v, e incluso en el vii, pues los diferentes estudiosos del texto se basan en el nombre *Rutili* que aparece en la dedicatoria, y que podría referirse a Rutilio Namaciano, autor del *De Reditu suo*, de esta época. Sin embargo, en el código Vaticano (*Vat.* 4929) se trata de explicar el valor de tal vocativo como adjetivo (*Rutilius dicitur qui sit rutilus et splendens uirtuti*), que resumiría las cualidades del personaje *Querolus* e invalida en parte tal datación. Ya Rostagni (1956) manifestaba su extrañeza ante esta fecha. Por otra parte, tal como señala la autora, es extraño que el argumento, insertado en la dedicatoria, tenga una exacta correspondencia con el de la *Aulularia* de Vital de Blois, del s. xii.

El libro está dividido en cuatro partes (con un pequeño capítulo recapitulador en cada una) que conectan entre sí —pues todas tienen el objetivo común de reconocer el autor y la fecha—, seguidas de las conclusiones generales, un índice analítico y un Apéndice en el que aparece editada la comedia, basada en el *Vat. Lat.* 4929, fundamentalmente. (Aquí lamentamos que no aparezca una numeración —siquiera provisional— del texto latino y que ayudaría a seguir el excelente comentario, hecho línea a línea por la estudiosa.)

El metro en que se escribe el *Querolus* es libre (*cum clodo pede*), pese a que se ha

reconstruido en octonarios yámbicos (S. C. Klinkhamer, Amsterdam 1829) y sería posible también en dísticos elegíacos. Otra característica que lo diferencia de su original latino es la exclusión total de personajes femeninos y el distinto tratamiento que se da al papel del siervo; aparece vigoroso un sentido cristiano que nos informa sobre la mentalidad de su autor. Entre el esclavo plautino y el del *Querolus* hay un progreso espiritual, como señala A. Masera, próximo a realizar el reconocimiento de los derechos universales del hombre, premisa necesaria de la verdadera libertad.

Encontramos continuos motivos grecorromanos en el texto —de hecho, esta *fabella* pretende ser una *palliata*— pero, al igual que en Plauto, se filtran numerosos elementos contemporáneos, típicamente gálicos como, por ejemplo, las relaciones entre patronos y siervos —propias del feudalismo medieval—, el tema de la brujería, la superstición y la magia, o la utilización del *solidus* (moneda todavía en curso en la Francia del siglo XI).

En el personaje de Quérolo, aparecen indicios específicos y precisas referencias culturales, tanto de ambiente como de costumbres, que, unidos al examen paleográfico del tipo de letra, hacen concluir a la autora que la comedia es de fines del siglo XI, atrasando su cronología en más de cinco siglos.

La caracterización psicológica de los personajes está sobradamente cuidada. Así, Quérolo aparece definido en un solo verso de la primera escena —*omnibus est molestus... homo ridicule iracundus itaque ridendus magis*—, cualidades que se van confirmando a lo largo de la obra. Pero, tal como ha deducido Masera, este *Querolus* esconde un personaje real, concretamente a Foulques o Folco IV, conde de Anjou, llamado «Réchin» («El Malhumorado») por su continuo quejar y por lamentarse (*querolus*) sin razón. Rutilio sería Guillermo II el Rojo, que, efectivamente, era el *uicinus malus* de Folco IV, con el que estaba dispuesto a guerrear por el dominio de Maine.

El Lar, en el que se personifica el autor, contiene la teoría agustiniana de la predestinación, perfeccionada por San Anselmo de Aosta (s. XI), por lo que el presumible autor de la comedia debía conocer profundamente los textos teológicos y religiosos de la época, además de tener un perfecto conocimiento de los textos clásicos (fundamentalmente Plauto, Terencio y Cicerón, según se desprende del texto); tal autor probablemente fue Hildeberto de Lavardin (1055-1133), copioso escritor que se basa fundamentalmente en el ridículo para conseguir un fin moral, obispo de Le Mans y arzobispo de Tours, que, sobre todo, escribió obras de carácter filosófico-moral, como *De querimonia* o *Dialogus inter securitatem et timorem*. En efecto, hay grandes paralelos entre el *Querolus* y la obra de Hildeberto, tanto en el uso de expresiones irónicas, empleo de *apud* y acus. con sentido de dativo ético, uso del presente pro futuro, abuso de diminutivos, elisiones o empleo similar de la prosa rítmica, por señalar algunas concomitancias que la autora muestra en este libro.

En definitiva, el *Querolus siue Aulularia* es una muestra más del renacimiento cultural que se produce a partir de la segunda mitad del siglo XI con la reafirmación de la historiografía (Hugo de Fleury-sur-Loire), gramática (Aimeric de Angoulême), poesía religiosa (Reginaldo de Canterbury) o comedia. El libro de Anna Masera, de prosa sencilla y amena, es un brillante y exhaustivo estudio tanto del texto latino desde el punto de vista estilístico y lingüístico, como de las referencias históricas y sociológicas que de él se desprenden. Esto le ha llevado a retrasar la cronología del texto —tan debatida— hasta fines del s. XI, a aventurar una más que fiable hipóte-

sis sobre el nombre de su anónimo autor y a abrir, además, un nuevo camino en la metodología de los estudios de los textos medievales.

CARMEN GONZÁLEZ VÁZQUEZ

WILSON, N. G.—*From Byzantium to Italy. Greek studies in the Italian Renaissance*. Londres, Duckworth, 1992, 200 pp.

Si el subtítulo de la obra, *Greek studies in the Italian Renaissance*, es un marco adecuado de su contenido, el título, *From Byzantium to Italy*, la presenta claramente como continuación de la anterior monografía de Nigel Wilson, *Scholars of Byzantium* (Londres 1983) [trad. ital., Nápoles 1990], en la que el profesor oxoniense sintetizaba la labor de los eruditos bizantinos sobre la tradición clásica. Llega ahora el turno a sus herederos, los helenistas griegos e italianos que iniciaron la recuperación de los clásicos en la Italia del s. xv, y si bien la síntesis de 1983 transmite —en nuestra opinión, desde una perspectiva injusta— el prolongado fastidio que debió de experimentar el autor mientras analizaba en busca de innovaciones el conservador mundo de letras bizantino, aplicado ahora a los estudios renacentistas, el juicio crítico de W., capaz de poner en su sitio a figuras hinchadas de prestigio por los testimonios de sus contemporáneos, produce regocijo.

No se ha molestado el autor en contarnos las trayectorias biográficas de los protagonistas (la presentación de Manuel Crisoloras, cuya llegada a Florencia en 1397 es el definitivo pistoletazo de salida para la carrera helenista en Italia, se limita a 5 pp.: una síntesis excesiva); tampoco le interesa describir el contexto político, los problemas económicos de los estudiosos griegos que han emigrado a Italia o el papel de los mecenas, a no ser que éstos estén muy implicados en el devenir de los estudios griegos (Besarión, pp. 57, 66-67, 95; Nicolás V, p. 76 ss.; los Medici, pp. 90, 93-94). Del mismo modo, carecen de consistencia sus acercamientos a la polémica sobre la traducción (p. 11), los enfrentamientos entre platónicos y aristotélicos (pp. 94-95) o conceptos fundamentales para entender las innovaciones que provoca en el ámbito político o educativo el redescubrimiento de los clásicos como el de «humanismo cívico» (pp. 24, 29, 31). Una buena lectura para colmar esta laguna, además de las obras clásicas de Garin y Maravall, es el innovador libro de A. Grafton-L. Jardine, *From Humanism to the Humanities: Education and the Liberal Arts in 15th and 16th C. Europe*, Cambridge, Mass., 1986. Sólo dos anécdotas —por lo demás, preciosas— nos dejan entrever la proyección de los estudios griegos fuera del círculo estrecho de los eruditos: la primera nos presenta a Alfonso V de Aragón entrando en Nápoles gracias a la estratagema que había utilizado diez siglos antes Belisario, transmitida por la traducción de Bruni de Procopio (p. 31); la segunda dibuja la línea que une Estrabón con Plecto y la traducción de Guarino con Colón, proporcionando a éste información valiosa para la empresa del descubrimiento (pp. 55-56).

Y es que no es ésa la carne que mejor puede recibir el afilado bisturí de W.; el objetivo es proporcionar los datos para una valoración correcta del conocimiento de la lengua y la herencia escrita helenas: escuelas, universidades y círculos de eruditos donde el griego se va abriendo espacio, traducciones, ensayos, ediciones; para ello se somete a examen buena parte de la producción de estos renacentistas, permitiendo detectar sus errores y deficiencias; nos muestra así los fallos de las traducciones de Leonardo Bruni (pp. 14-16, 22, 30-31) o de Juan Aurispa (p. 27) —de quien desvela

la presunción de haber recuperado textos desaparecidos mucho tiempo atrás, como el comentario de Aristarco a la *Iliada*—; nos presenta, alejándose de un tono apolo-gético en el que es fácil errar, a Guarino deduciendo etimologías descabelladas (pp. 43-44) o a un Besarión incapaz de corregir su copia del *De caelo* (p. 63) y anotando sin excesiva originalidad los manuscritos de su famosa biblioteca (pp. 62-65); a un Filelfo propenso a las exageraciones, citando sin pudor muchos autores que sólo co-noce de modo indirecto (p. 51); a un Lorenzo Valla cuya habilidad no le permite en-tender una inscripción griega encontrada en Nápoles o que pide ayuda para traducir a Tucídides (pp. 70-71); a un Marsilio Ficino «suavizando» las creencias platónicas sobre la preexistencia del alma para no herir sensibilidades católicas (p. 94).

La mayor aportación del libro está pues en esa aproximación a la labor de los helenistas medida en términos de conocimiento real de la lengua, capacidad para es-cribir en ella (como pueden hacer Filelfo, p. 48, o Jano Láscaris, p. 99), agudeza fil-lológica para corregir pasajes corruptos (de esto sólo son capaces Valla, pp. 72-73; Gaza, p. 78; Besarión, pp. 60-62; Musuro, p. 158) o detectar textos espurios (tal es la labor de Bruni y Candido Decembrio sobre las *Epistulae* de Platón, p. 29, o de Valla sobre la *Donatio Constantini* o Dionisio Areopagita, pp. 68, 73-74), reunir co-lecciones de manuscritos o buscar copias antiguas y menos corruptas (Filelfo, pp. 51-52; Besarión, p. 61).

Por nuestra parte, sería ocioso hacer un nuevo repaso a esta revolución cultural; pretendemos tan sólo poner el acento sobre algunas de las constantes de esta obra. En primer lugar, que son las obras gramaticales escritas por los profesores griegos en Constantinopla o en Italia (en especial, los *Erotemata* de Crisoloras, pp. 9-10, 41, las gramáticas de Teodoro de Gaza y Constantino Láscaris, p. 96), las que consi-guen allanar definitivamente el camino de acceso a los textos, aunque la ausencia de obras de referencia (pp. 20, 38, 69) supone un obstáculo importante para los que se arriesgan por terrenos más escabrosos. Por el contrario, ningún italiano hizo aporta-ciones en este campo, a excepción del resumen de Guarino de la obra de su maestro Crisoloras. Un libro reciente sobre la tradición gramatical bizantina digno de ser consultado es el de R. H. Robins, *The Byzantine Grammarians. Their Place in His-tory*, Berlín-Nueva York 1993.

En segundo lugar, la omnipresencia de la selección escolar medieval de autores clásicos, que obtiene un seguimiento unánime y a veces acritico; en este primer siglo renacentista, sólo la teología y la patrística son desplazadas, con la gloriosa excep-ción de la labor traductora de Ambrogio Traversari (pp. 31-33), lo que se refleja en la expresión del *curriculum* escolar de las *Homilias* de Gregorio de Nacianzo (pp. 98, 155). W. insiste en la escasa presencia de la poesía y el drama, que sólo es objeto de intentos de traducción sin resultado (pp. 13, 30, 44, 50). Ello es motivo de una reflexión interesante: la presencia de los textos poéticos en el programa de la escuela de Vittorino da Feltre en Mantua o en la biblioteca de Besarión no implica necesari-amente que sus autores fueran entendidos y estudiados y hay que ser cauto a la hora de valorar la repercusión real de tal presencia (pp. 36-37, 65).

Por último, es curioso percibir cómo el movimiento renacentista está circunscrito al territorio delimitado por el triángulo Venecia-Milán-Roma y, en vez de proyectar-se hacia el resto de la península (la presencia de Valla en Nápoles o de Constantino Láscaris en Mesina, pp. 122, 125-126, no resisten la comparación con la hiperactivi-dad del citado triángulo), lo hace hacia el norte de Europa. Y, sin embargo, durante gran parte del Medioevo, el Mezzogiorno, gracias a la inmigración constante desde las provincias orientales del Imperio y a las ambiciones territoriales de algunos sobe-

ranos bizantinos, había sido bilingüe y multitud de monasterios griegos conservaban aún bibliotecas. Pero los renacentistas no hacen una exploración sistemática de ellas (Bruni y Francesco Barbaro visitan Grottaferrata en 1426, con resultados negativos, p. 26; sólo Besarión adquiere libros del monasterio de S. Nicolás de Casola en Otranto, p. 62), mientras que su demanda de manuscritos traídos de Grecia es continua. Son, eran, dos mundos distintos: el Sur, un pedazo de Mediterráneo; el Norte, un pedazo de Centroeuropa. Sólo en 1969 Jean Irigoien, publicando «L'Italie méridionale et la tradition des textes antiques» en el *JÖB*, saldaría la deuda con el Sur, demostrando que los textos clásicos estaban más cerca de lo que los humanistas creían; y es que el resplandor de Oriente los cegaba.

INMACULADA PÉREZ MARTÍN

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

CANTARELLA, EVA.—*La calamidad ambigua. Condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana*. Trad. de A. POCIÑA. Madrid, Ediciones Clásicas, 1991, 309 pp.

La perspectiva femenina de la Antigüedad griega y romana que nos ofrece el ensayo de Eva Cantarella se conforma a través de una recopilación de los principales *ρόμοι* de la condición de la mujer en estas civilizaciones, así como de los episodios mitológicos más significativos desde el punto de vista de la representación de lo femenino. Una recopilación perfectamente didáctica, cuya amenidad los lectores españoles debemos agradecer también a la cuidada traducción de Andrés Pociña.

Se trata, pues, de una obra de muy ilustrada divulgación que ha sido reconocida internacionalmente como muestran, además de la presente versión española, las traducciones de las que ha sido objeto en Francia, Grecia o Estados Unidos. En Italia *La calamidad ambigua* fue publicada en 1981, una fecha, relativamente temprana en el contexto de la historiografía femenina, que hay que tener presente para valorar, ante todo, la actualización bibliográfica de la que dan cuenta las notas de cada capítulo, aunque no queda reflejada por completo en el breve apartado de bibliografía.

La fecha de la edición original también induce a valorar positivamente la prudencia con la que se abordan cuestiones tan cruciales como la teoría de Bachofen sobre el matriarcado. Tras una concisa exposición del contenido de esta tesis, la autora se pronuncia de la siguiente manera: «... los mitos matriarcales pueden significar exactamente lo opuesto de lo que los estudiosos del siglo XIX consideraban que significaban, de lo que todavía ahora tiende a atribuirles la literatura feminista. Pueden describir, en realidad, un mundo trastocado, puesto al revés, justamente opuesto a la realidad. Como se ha dicho, un mundo hasta tal punto diferente del real que es francamente impensable».

Esta lúcida toma de postura no impide, sin embargo, el reconocimiento de uno de los principales pilares en los que se basó Bachofen: la polémica hipótesis de la preeminencia de la Diosa Madre en la religión mediterránea, de aquella *Πόρνια* símbolo del poder misterioso que las mujeres habrían detentado en exclusiva. Ciertamente Eva Cantarella diferencia claramente a esta Diosa Madre de Tanaquil —cuyo culto, lejos de reflejar su condición de transmisora de un poder real, la sitúa clara-

mente en el círculo doméstico—, con lo que contradice la inclinación de Bachofen a defender la presencia matriarcal en el antiguo territorio itálico. Como decía, la opinión de la autora sobre esta cuestión, a la que reserva un lugar privilegiado, es muy directa: «no existe posibilidad alguna de probar la existencia de una sociedad matriarcal, en el sentido etimológico del término».

Ahora bien, la transparencia por la que este ensayo apuesta no siempre es tan pertinente, pues, en ocasiones, sólo se logra a expensas de una valoración incierta de las fuentes. Por poner un solo ejemplo de ello me referiré a la indecisión que supone considerar los poemas homéricos como documento histórico negando a figuras como Circe esa capacidad de informar sobre la condición femenina homérica real de la que parecen gozar diosas como Afrodita. Un ejemplo, entre otros, que demuestra hasta qué punto es arduo el objetivo de reconstruir una perspectiva femenina de la Antigüedad diferenciando tajantemente, como propone Eva Cantarella, lo real de las representaciones mentales.

ANA IRIARTE

OWENS, E. J.—*The City in the Greek and Roman World*. Londres-Nueva York, Routledge, 1991, 210 pp.

El libro que reseñamos constituye una sintética introducción a un tema muy concreto, aunque de gran amplitud, a pesar de la aparente generalidad de su título: la planificación del urbanismo griego y romano, sin descuidar al tratar del urbanismo en Italia el muy importante componente etrusco. Con razón indica el autor que resulta muy difícil evaluar el impacto fenicio y sobre todo cartaginés, que resultan muy alterados por las superposiciones posteriores a las que, no obstante, condicionan.

El primer capítulo está dedicado al desarrollo urbanístico de las antiguas ciudades griegas. Este apartado está precedido por una introducción de carácter más conceptual donde el distinto concepto de ciudad entre griegos y romanos es analizado, así como surgen los modelos filosóficos, teóricos y sociológicos de ciudad y términos ya aplicados como «sinecismo», colonización o el propio papel de la *pax Romana*.

Resulta muy interesante el tratamiento que emprende el autor, que baraja con acierto la adecuación al medio generalmente montañoso con necesidad de aterramiento y con la consecuente tortuosidad cuando los medios fallaban.

Desde la constatación de la decepción que causaba la entidad urbana de Atenas a los viajeros —nada distinta de la que causaba la Roma de la última generación de la república, por otra parte— el autor hace desfilar de forma breve y ajustada Zagora en la isla de Andros, Emborio en Quios, Tera en la actual Santorini, Tórico capital del distrito minero de Laurion, Mégara Hiblea en Sicilia, la emblemática Delos o los ejemplos euboicos de Calcis y Eretria, además de otros centros cretenses. La densidad de la materia se hace patente cuando todo ello se condensa en unas escuetas diecinueve páginas incluidos planos. El esfuerzo de síntesis es patente y es el que condicionará todo el libro.

El segundo capítulo entra en uno de los aspectos más apasionantes y actuales de la arqueología urbana: el origen y el desarrollo en el área mediterránea del urbanismo griego. Owens muestra de forma clara que no es esperable ni se halla un modelo único, pero que sí pueden establecerse dos vertientes principales: los yacimientos que muestran una verdadera planificación inicial y aquellos que han crecido y se han des-

arrollado al azar de las primeras implantaciones. Las colonias griegas del mar Negro serían un buen ejemplo para ambas posibilidades. El nacimiento de un urbanismo ortogonal organizado es bien identificado por el autor en Mileto y sobre todo en la Esmirna antigua, de allí una expansión de formas que no son ajenas, sin embargo, ni dejan de presentar contactos con toda una serie de civilizaciones del Próximo Oriente. Los ejemplos se suceden de Crimea a Olbia, pero hay que detenerse, como hace el autor, en las colonias sicilianas: Mégara Hiblea, Selinunte, Acragante, por sólo dar ejemplos señeros que no sólo aplican modelos, sino que desarrollan soluciones originales en virtud de sus peculiaridades geográficas. En la Península Itálica no hay que pasar por alto Posidonia (*Paestum*), además de Metaponto, por no hablar de Locros o de Crotona; un período de eclosión de organización y de realidades comunes y cambiantes en su realización que coincide con la consolidación ideológica del concepto de *polis*.

El tercer capítulo hace hincapié en la planificación urbana del clasicismo griego y se centra esencialmente en la controvertida figura de Hipódamo de Mileto —o en su reflejo a través de Aristóteles— para evaluar críticamente su aportación, que parece, a pesar de su indefinición, situarse más allá de la compendación de los usos de su época con el ejemplo patente de su ciudad natal. El Pireo, su obra más segura, ocupa una parte importante de este apartado, así como los mucho más discutidos Thuroi o Rodas. Ideología y urbanismo en una hipóstasis que se perpetuará. El ejemplo de Olinto es bien estudiado, así como Cnido y Priene, la extensión a Sicilia, Solunto y la pervivencia en las fundaciones de Alejandro Magno, en especial Alejandría, son comparadas con la obra de Mausolo en Halicarnaso. La vida urbana se ha transformado en foco de atención prioritario y en ella se centra todo un mundo de promoción, poder, cultura y simple vida ciudadana que en el nuevo marco se desarrolla con una posibilidad de realización hasta el momento no lograda.

El mundo helenístico es el tema del siguiente capítulo en la línea, ya indicada en el anterior, de la impronta de Alejandro Magno y sus fundaciones. El peso de Hipódamo de Mileto, del urbanismo de Mausolo y sobre todo la obra de Deinócrates en Alejandría hacen notar su peso. La implantación de ciudades por parte de los dinastas sucesores de Alejandro son el reflejo de la extensión de las formas de vida griega en zonas en las que todavía no habían penetrado, de ahí la extensión de las ciudades a Siria; por otra parte, la ciudad y su esplendor simbolizan la prosperidad de estos reinos y de ahí refacciones y refundaciones. Los ejemplos que Owens destaca son muy variados y van desde Casopea en Grecia hasta Seutópolis en Tracia. Son importantes los ejemplos tesalios de Goritza y Demetrios, esta última una de las más regulares de este período, frente a la adaptación del terreno de ciudades como la propia Goritza o la maravilla estética de Asos, por no detenernos, como hace perfectamente Owens, en la perla del urbanismo helenístico: Pérgamo. Ejemplo de adaptación es también el urbanismo de Lindos en Rodas y debemos destacar santuarios como el de Labraunda o el de Cos. Merecen una especial atención algunas fundaciones seléucidas como Berea, Apamea o Antioquía del Orontes. Laodicea, el puerto de Apamea, es una muestra como Seleucia del Tigris o la propia Damasco de la penetración decisiva del urbanismo griego en Siria. En la propia Anatolia ya costera vemos la fundación de Heraclea de Latmos, Alinda, o refundaciones como Priene, por no hablar ya de Cnido. En suma, el esplendor seléucida que ve en las ciudades un símbolo que impactará, además, de forma definitiva en el occidente romano.

El sexto capítulo penetra en un tema tan espinoso como es la planificación etrusca y romana en territorio itálico, sobre todo cuando, como hace el autor, se quiere llegar al menos sumariamente a las raíces, como es el caso de las relaciones con Veyes y la influencia etrusca, así como la controvertida tradición vilanoviana. Un hecho es cierto: hasta el incendio de Roma en el año 64 d. C. Roma fue una ciudad sin una planificación regular, lo cual no supone evidentemente una ausencia de planificación. El factor importante reside en la casi evidencia de la influencia del urbanismo griego en el desarrollo itálico ante la aparente falta de planificación de las primeras ciudades etruscas como Veyes, influencia que parece iniciarse con el contacto con las ciudades griegas suditálicas. Para el autor el ejemplo de la interacción que se produce es la ciudad de Pompeya, ya que Capua es mucho peor conocida. En el norte Marzabotto junto a Bolonia es el ejemplo más notable. Las primeras colonias romanas como *Norba*, *Alba Fucens* y *Cosa* son los ejemplos primeros de la planificación romana ya en el s. III a. C. El análisis continúa brevemente con la primera estructura de Ostia, Aquileya, para pasar a *Augusta Praetoria* (Aosta) y Verona, manteniendo el autor la unidad entre lo que fueron fundaciones tardorrepublicanas y augusteas. Como era de esperar, cierra el capítulo la indispensable referencia a Preneste y su santuario de la Fortuna Primigenia como un modelo emblemático de toda una serie de santuarios que se adaptan a una escenografía que tendrá una larga pervivencia en la urbanística imperial.

El capítulo dedicado al urbanismo imperial discurre, como es de esperar, a partir de la constatación del período de paz inusitado de los dos primeros siglos de nuestra era y su reflejo en el desarrollo de las ciudades, que verán truncado su crecimiento a lo largo del siglo III para rehacerse algo bajo la tetrarquía y ver posteriormente cómo el cristianismo ocupa un lugar en el desarrollo urbano y da nueva utilidad incluso a edificios desafectados. Desde la rivalidad entre ciudades que recordará Plinio el Joven al siglo IV hay un largo recorrido urbanístico. E. J. Owens ejemplifica en primer lugar con las ciudades romanas de Britania y Tréveris para pasar a modelos de la Galia y de Germania y finalmente a las fundaciones de la Narbonense: *Nemausus* (Nîmes), *Arelate* (Arles) que muestran el esplendor de un desarrollo rápido e impactante. No podían faltar *Thamugadi* (Timgad) y *Cuicul* (Djemila) en el norte de África, que con *Sabratha* y *Leptis Magna* constituyen las pruebas de fuerza del urbanismo romano, aunque no falten referencias a la nueva monumentalización de la Atenas del s. II o ya la llegada del urbanismo romano a las ciudades del desierto de Siria: *Gerasha* (Jerash) y la mítica *Palmyra*. Se podrían multiplicar los ejemplos o tratar la excepcionalidad de Roma, pero poco más podría hacer el autor en su ceñida presentación de una veintena de páginas, que saben en realidad a poco.

El último de los capítulos está dedicado a las infraestructuras urbanas de la ciudad antigua. El primero de los aspectos más notables de estos elementos es la muralla, de una funcionalidad distinta a través de los siglos; el segundo es el del trazado de calles y su pavimentación y en especial las *insulae* de habitación con los espacios reservados al ágora y al *forum* con sus funciones distintas. El factor más importante: el agua, es analizado con atención tanto en lo que constituye abastecimiento como eliminación de aguas pluviales y residuales. Ninfeas, fuentes, acueductos, cloacas de tradición romana y etrusca o las primitivas superficiales aparecen en la secuencia analítica y en una amplia comparación geográfica y cronológica. La ciudad como proporcionadora de bienestar a sus habitantes aparece en todo su esplendor. Un epílogo breve muestra que la evolución del mundo griego al grecorromano es un progreso coherente y continuo.

La bibliografía es actual y relativamente completa; en ella, inevitablemente, se han deslizado algunos pequeños errores, y existen lagunas geográficas: *Hispania*, por no ir más lejos. Se refleja en la misma un estado de la cuestión con unos elementos de ampliación muy bien seleccionados que permiten el acercamiento a problemas más concretos y sobre todo al tratamiento particular de las ciudades.

Un índice de pasajes de autores clásicos citados hubiera sido muy bienvenido, aunque lo breve de las notas al término del libro haga relativamente fácil la búsqueda. El índice redactado de temas, nombres antiguos, tecnicismos y topónimos es claro y suficiente.

Se trata, en suma, de un libro de gran utilidad como iniciación a un tema de gran amplitud —quizá excesiva— que intenta en un número reducido de páginas una síntesis de nivel relativamente elevado —lo cual requiere un número nada desdeñable de parámetros previos— de una de las cuestiones más de actualidad en nuestros estudios. El esquematismo que esto conlleva se hace incluso patente en los planos que acompañan al texto, que pueden resultar de difícil lectura para el no iniciado, pero que recogen, no obstante, un estado de la cuestión actual y válido.

E. J. Owens ha hecho un esfuerzo importante y, por consiguiente, nada desdeñable para poner a nuestro alcance un conjunto de datos muy difícilmente abarcables que constituyen una vía segura de penetración en un conjunto, hoy por hoy insoslayable, de conocimientos indispensables sobre la función y la entidad de las ciudades en el mundo grecorromano.

MARCOS MAYER

DEMOUGIN, S.—*Prosopographie des chevaliers romains julio-claudiens*. Collection de l'École Française de Rome, 153. Roma 1992, 715 pp.

En un espacio de cuatro años, S. Demougin ha producido dos gruesas monografías sobre los *equites* en época julio-claudia. El orden de su elaboración es inverso al de su publicación: la obra que ha visto la luz en 1992 es la base analítica que permitió en su día elaborar la síntesis publicada en 1988¹.

Se trata ahora de una lista prosopográfica de los *equites* pertenecientes al período anunciado: entre el 40 a. C. y el 70 d. C. El álbum contiene 773 entradas; 46 de ellas corresponden a *ignoti* (*anonymi* les llama la autora).

La relación de personajes, que constituye la totalidad del trabajo, sigue un orden cronológico; la ficha individual recoge en primer término las fuentes y la bibliografía específica, como es costumbre en este tipo de trabajos. Se indican luego los datos conocidos del personaje en cuestión; origen geográfico y social, carrera y cronología, parentesco y otras relaciones personales.

Revisten especial interés los nombres cuya inicial es posterior a la *O*, última letra en la segunda edición de la *Prosopographia Imperii Romani*, aún en curso de publicación. De especial ayuda han servido las listas prosopográficas de Devijver sobre los

¹ *L'ordre équestre sous les julio-claudiens*, Roma 1988, vid. reseña en EMERITA 59, 1991, pp. 396-97.

personajes que desempeñaron milicias ecuestres y la de Dobson sobre los primipilares².

La obra de Demougin se inserta en la línea iniciada por el gran maestro H. G. Pflaum, que marcó una época en nuestros conocimientos sobre el orden ecuestre, especialmente con sus estudios sobre las carreras de los procuradores; puede decirse por otra parte que es la continuación cronológica de la labor realizada por Cl. Nicolet³.

La obra, acabada de redactar en enero de 1985, aparece con un considerable retraso respecto de esta fecha; es lástima que no hayan podido utilizarse trabajos más recientes: la propia autora señala en la introducción la ausencia de las ponencias presentadas el Coloquio *Epigrafía e ordine senatorio*, cuyas actas están fechadas en 1984. Faltan también los últimos trabajos de Devijver: ello implica que se atribuyen a este autor opiniones que ya ha rectificado. En la lista de nombres se echa en falta la presencia de L. *VINVLEIVS PATAECIVS* (PME V 118), de época neroniana, que quizá sirvió en la *legio VI Victrix*, estacionada por esos años aún en Hispania; no recoge tampoco a L. *DOMITIVS C. F. FAB. CATVLLVS* (PME D 17), a quien Devijver sitúa en la primera mitad del s. I («Equestrian officers from the East», en *The Defense of the Roman and Byzantine East*, Oxford 1986, pp. 180 y 183). Es posible que tenga razones para estas ausencias, pero en ese caso debería haberlas justificado.

Una lista de *addenda* hubiera podido suplir la falta de personajes documentados en inscripciones de publicación reciente. A título de muestra, ofrecemos aquí una relación:

— L. *BAEBIVS L. f. OVF. STRABO*: Primera mitad del s. I d. C. Epigrafía de Canosa I, 1985, n. 29 (AE 1986, 190).

— C. *LACTONIVS M. f.*: ¿época de Augusto?, *La Parola del Passato* 226, 1986, pp. 64-72 (AE 1986, 154).

— L. *MAGIVS VRGVLANIANVS*: comienzos del Imperio, *Ottava misc. gr. e rom.*, 1982, p. 467, n. 21 (AE 1982, 164).

— T. *MVCIVS CLEMENS*: época de Nerón, AE 1967, 525, corregida en ZPE 52, 1983, p. 203 ss. (AE 1986, 693).

— [C. S] *CAEFIVS C. f S[ER. PO]LLIO*: época de Tiberio, ZPE 59, 1985, p. 200 ss. (AE 1985, 328).

— Anónimo: época augustea o julio-claudia, *Picus* 1, 1981 (AE 1985, 359).

— Anónimo: el procurator *Tib. Cl. Caesaris Augusti* dado a conocer por la propia autora (AE 1989, 495).

A *VESPASIVS POLLIO*, reseñado con el n. 192, habrá que añadir como nueva fuente ZPE 77, 1989, pp. 155-180 (AE 1989, 201).

Hay, por último, un detalle tipográfico que debería haberse cuidado: las entradas con los nombres de los personajes en mayúsculas, deberían haberse presentado utilizando la grafía *V*, y no *U*.

La obra en su conjunto está bien elaborada, con la precisión que requieren estos

² H. Devijver, *Prosopographia militiarum equestrium quae fuerunt ab Augusto ad Gallienum*, Lovaina 1976-1980 (PME); B. Dobson, *Die Primipilares. Entwicklung und Bedeutung. Laufbahnen und Persönlichkeiten eines römischen Offiziersranges*, Colonia 1978.

³ Cl. Nicolet, *L'ordre équestre à l'époque républicaine*, I. *Définitions juridiques et structures sociales*, París 1966; II. *Prosopographie des chevaliers romains*, París 1974.

trabajos, y con una redacción más explícita de lo que suele ser la de estos catálogos.

Las observaciones hechas no restan importancia a esta seria contribución al estudio de la historia social del Imperio.

CARMEN CASTILLO

THRAMS, PETER.—*Christianisierung des Römerreiches und heidnischer Widerstand*. Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag, 1992, 225 pp.

El libro propone un tema clásico de la historiografía dedicada al mundo antiguo (Burckhardt, Geffcken, Boissier, Labriolle, Vogt...): el proceso de cristianización del Imperio y la oposición pagana que se produjo desde Constantino hasta Teodosio. Los aspectos que aborda el autor en las 225 pp. que tiene el trabajo son muy variados y van desde la crisis del s. III y la consideración sobre la manera en la que se pudo asociar con las profundas transformaciones religiosas de ese siglo hasta un rápido tratamiento en el capítulo final de cuáles pudieron ser las razones por las que prevaleció el cristianismo a finales del s. IV. En la exposición de este proceso Thrams pasa revista a la «Konstantinsfrage» (cf. M. Mazza, «La conversione nella Tarda Antichità», en *Homenaje a Marcelo Vigil Pascual*, Salamanca 1989, pp. 123-43; ¿por qué no menciona el libro de R. MacMullen, *Christianizing the Roman Empire A.D. 100-400*, New Haven-Londres 1984, que se ocupa primariamente del tema de la conversión en el período que indica?) necesariamente vinculada a la política del emperador con respecto a paganos y cristianos, a la pervivencia de distintos cultos paganos, a la procedencia social de los devotos de los *sacra peregrina* (Wissowa) y, además de la de Juliano, presenta también las reacciones de distintos círculos aristocráticos que poseen una buena documentación literaria (Símaco, etc., cf. el *dossier* sobre el Altar de la Victoria con los textos, introducción, traducción y notas en: Simmaco-Ambrogio, *L'altare della Vittoria*, a cura di Fabrizio Canfora con una nota di Luciano Canfora, Palermo 1991) o ellos mismos son autores notables (Amiano Marcelino, Claudiano, *SHA*, Ausonio, Libanio), exponiendo como parte final de su tratamiento la situación religiosa del Imperio en tiempo de Teodosio con especial referencia a su política religiosa.

Las dimensiones del libro no permiten a su autor sino ofrecer un rápido recorrido, que por lo general se puede suscribir, sobre una larga serie de aspectos interesantes e importantes. Como mínimo el libro será un recordatorio de los principales problemas que caracterizan la transformación religiosa del Imperio durante el s. IV. Es posible, no obstante, que la visión general que presenta el autor del proceso de cristianización parezca demasiado concluyente y se pueda echar en falta que no aluda en la parte final del libro a las muy difundidas pervivencias paganas en ciertas partes del Imperio, que justifican las noticias que sobre Lidia, Frigia y Caria, por ejemplo, se pueden leer en la *Historia Ecclesiastica* de Juan de Éfeso narrando sucesos de mediados del s. VI (cf. el primer capítulo de G. W. Bowersock, *Hellenism in Late Antiquity*, Ann Arbor, Michigan 1990).

FERNANDO GASCÓ